





Crónicas
de Avonlea
Ana de Tejas Verdes



L. M. MONTGOMERY

Crónicas 
de Avonlea
Ana de Tejas Verdes

Traducción de
ANDREA PÉREZ GARCÍA

Ilustraciones de
SARA LAGO



TOROMÍTICO

Título original: *Chronicles of Avonlea*

- © de la traducción ANDREA PÉREZ GARCÍA, 2024
- © de las ilustraciones SARA LAGO, 2024
- © diseño de portada basado en una ilustración de SARA LAGO, 2024
- © de esta edición EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2024

Primera edición: junio de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Edición de ÓSCAR CÓRDOBA Y ANA CABELLO

Ediciones Toromítico • Colección Clásicos Juveniles
Director editorial: Óscar Córdoba

www.toromitico.com
pedidos@almazaralibros.com - info@almazaralibros.com
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3, 14005, Córdoba.

Síguenos en @toromitolibros

Imprime: BLACK PRINT
ISBN: 978-84-18648-84-7
Depósito Legal: CO-1163-2024
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*En memoria de la Sra. William A. Houston,
una estimada amiga que nos ha dejado.*



*La belleza desconocida escondía
lo mundano de la vida.*

WHITTIER



I. Las prisas de Ludovic	13
II. La anciana Lady Lloyd.....	23
III. Cada uno a lo suyo	61
IV. La pequeña Joscelyn	85
V. La victoria de Lucinda.....	97
VI. La niña del viejo Shaw	110
VII. El prometido de la tía Olivia	123
VIII. Cuarenta en casa de Alexander Abraham	139
IX. La adquisición de Pa Sloane	158
X. El cortejo de Prissy Fuerte.....	169
XI. El milagro de Carmody.....	181
XII. Fin de la discusión	195



I. LAS PRISAS DE LUDOVIC



Ana Shirley estaba acurrucada en el asiento de la ventana de la sala de estar de Teodora Dix, mirando a lo lejos, con aire soñador, las estrellas más allá de las colinas del atardecer. Por vacaciones, Ana estaba de visita durante una quincena en Echo Lodge, donde el señor y la señora Irving pasaban el verano y, con frecuencia, se escapaba a la antigua granja Dix para charlar con Teodora. Aquel día ya habían hablado un rato y Ana se estaba dando el lujo de construir castillos en el aire. Inclino la cabeza, peinada con una corona trenzada de cabello rojizo oscuro, en el marco de la ventana, y sus ojos grisáceos eran como el brillo de la luna en un estanque sombrío.

Poco después, vio a Ludovic Veloz bajando por el sendero. Aún se encontraba lejos de la casa, ya que el sendero de los Dix era bastante largo, pero a Ludovic se le reconocía nada más verlo: nadie más en Middle Grafton tenía una figura tan alta como la suya, que se movía con tranquilidad y se inclinaba gentilmente. Cada giro y cada vuelta se caracterizaban por la individualidad propia de Ludovic.

Ana despertó de sus ensoñaciones, pensando que lo más diplomático sería marcharse. Ludovic cortejaba a Teodora. En Grafton lo sabía todo el mundo y, si alguien lo ignoraba, era porque no le había dado tiempo a enterarse. Ludovic había recorrido ese sendero para visitar a Teodora, ¡con el mismo paso reflexivo y sin demora de los últimos quince años!

Cuando Ana, que era delgada, femenina y romántica, se levantó para irse, Teodora, que era regordeta, de mediana edad y práctica, dijo con un brillo en los ojos:

—No hay ninguna prisa, niña. Siéntate y disfruta de la visita. Has visto a Ludovic bajando por el sendero e imagino que piensas que estorbabas, pero de eso nada. A Ludovic le gusta que haya alguien más, y a mí también. Estimula la conversación, por así decirlo. Cuando un hombre viene a verte dos veces a la semana desde hace quince años, acabas hablando por inercia.

Teodora jamás fingía timidez en lo que respectaba a Ludovic. Mencionarlo a él o a su cortejo no le daba el menor pudor, más bien parecía divertirla.

Ana volvió a sentarse y juntas vieron cómo Ludovic bajaba por el sendero, contemplando a su alrededor, sin prisa alguna, los frondosos campos de trébol y los azulados meandros del río, que descendían sinuosos por el brumoso valle.

Ana observó el rostro plácido y fino de Teodora y trató de imaginar cómo se sentiría ella si estuviera sentada ahí, esperando a un amante entrado en años al que, aparentemente, le costaba tanto decidirse, pero la imaginación de Ana no fue capaz.

«En cualquier caso —pensó con impaciencia—, si lo quisiera, creo que encontraría la forma de meterle prisa. ¡Ludovic VELOZ! ¿Acaso podría tener un apellido más inapropiado? Un apellido así para un hombre así era una ilusión y una trampa».

Al rato, Ludovic llegó a la casa, pero aguardó tanto tiempo en la entrada, examinando la enmarañada vegetación verdosa del cerezal, que Teodora acabó por abrirle la puerta antes de que ni siquiera llamara. Mientras lo llevaba al salón, dirigió a Ana una mueca divertida sobre el hombro de Ludovic.

Este dedicó a Ana una sonrisa amable. Le caía bien, era la única chica joven a la que conocía, ya que, por normal general, evitaba a las muchachas —le hacían sentir incómodo y fuera de lugar—, pero Ana no despertaba en él tales sentimientos; tenía el don de llevarse bien con todo tipo de gente y, aunque no la conocieran desde mucho tiempo, Ludovic y Teodora la consideraban una vieja amiga.

Ludovic era alto y un poco desgarbado, pero su innegable serenidad le confería un aspecto digno que de otro modo no le habría pertenecido. Tenía un bigote largo, sedoso y castaño, así como un ligero mechón rizado de estilo imperial, un estilo que en Grafton se consideraba excéntrico, ya que allí los hombres o iban completamente afeitados o llevaban una barba completa. Tenía unos bonitos ojos soñadores, con un toque de melancolía en ese azul intenso.

Tomó asiento en la abultada y antigua butaca que había pertenecido al padre de Teodora. Ludovic siempre se sentaba ahí, y Ana sentenció que la silla había llegado a parecerse a él.

La conversación pronto se animó lo suficiente. A Ludovic se le daba bien hablar cuando le daban cuerda. Era culto y a menudo sorprendía a Ana con sus sagaces comentarios sobre hombres y asuntos del mundo, cuyo ligero eco era lo único que llegaba a Deland River. También sentía predilección por las discusiones religiosas con Teodora, a quien no le interesaban demasiado la política o la historia, pero que era una ferviente admiradora de las doctrinas y leía todo lo relativo a estas. Cuando la conversación derivó en una intensa aunque amistosa discusión entre Ludovic y Teodora sobre la ciencia cristiana, Ana comprendió que por lo pronto su utilidad había llegado a su fin y que no la echarían en falta.

—Ya ha oscurecido, es hora de dormir —dijo, tras lo cual se alejó con sigilo.

Sin embargo, cuando por fin estaba lo bastante alejada de la casa, en un prado verde salpicado de margaritas blancas y doradas, tuvo que parar a reírse. El viento, cargado de olores, soplaba delicadamente. Ana se apoyó en el borde de un abedul blanco y se rio a carcajadas, como solía hacer cada vez que pensaba en Ludovic y Teodora. Para su ansiosa juventud, este cortejo le parecía bastante gracioso. Ludovic le caía bien, pero a veces se dejaba provocar.

—¡Menudo ganso irritante, grandullón y encantador! —dijo en voz alta—. Es el idiota más adorable de la historia. Es como el

caimán de la canción, que no avanzaba, pero tampoco se quedaba quieto, solo emergía y se sumergía.

Dos tardes después, cuando Ana regresó a la granja de los Dix, ella y Teodora acabaron hablando de Ludovic. Teodora, que era el alma más trabajadora que existía y que, para colmo, estaba obsesionada con las labores complejas, ocupaba sus dedos suaves y regordetes con un centro de mesa de encaje de Battenberg muy elaborado. Ana estaba recostada en una pequeña mecedora, con sus manos delgadas cruzadas sobre el regazo, observando a Teodora. Se dio cuenta de que Teodora era bastante guapa, con un aire majestuoso, similar a la diosa romana Juno, con rasgos firmes y perfectamente cincelados, tez blanca y ojos grandes y pardos, salvajes. Cuando Teodora no sonreía, tenía un aspecto imponente. Ana pensó que probablemente a Ludovic le pareciera fascinante.

—¿Ludovic y tú hablasteis de ciencia cristiana TODA la tarde del sábado? —quiso saber.

Teodora le respondió con una amplia sonrisa.

—Sí, incluso discutimos por ello. Al menos yo. Ludovic no discutiría con nadie. Cuando debates con él, te enfrentas al aire. ¡Qué poco me gusta pelear con alguien que no contraataca!

—Teodora —replicó Ana de forma persuasiva—. Voy a ser curiosa e impertinente. Puedes contestarme de mala manera si así lo sientes. ¿Por qué no os casáis Ludovic y tú?

Teodora se rio tan a gusto.

—Imagino que esa es la pregunta que la gente de Grafton se hace desde hace bastante tiempo, Ana. Verás, no tengo nada en contra de casarme con Ludovic. ¿Te parece eso suficientemente sincero? Pero no es fácil casarte con un hombre a menos que te lo pida, y Ludovic nunca lo ha hecho.

—¿Es muy tímido? —insistió Ana. Como Teodora estaba de humor, pretendía llegar al fondo del asunto.

Teodora dejó a un lado la labor y miró las verdes laderas de verano de forma meditativa.

—No, no creo que se trate de eso. Son sus maneras, las formas de los Veloz. Los Veloz son intencionales hasta la médula. Pa-

san años pensando en algo hasta que se deciden a hacerlo. A veces, adquieren tanto el hábito de meditar que nunca lo superan, como el viejo Alder Veloz, que siempre hablaba de ir a Inglaterra a visitar a su hermano, pero nunca fue, aunque no había ninguna razón coherente para no hacerlo. ¿Sabes? No es que sean perezosos, simplemente les gusta tomarse su tiempo.

—Y Ludovic es un caso agravado de los Veloz —sugirió Ana.

—Justo. Jamás se ha dado prisa. Lleva seis años pensando si pinta la casa o no. Lo comenta de vez en cuando, escoge el color y ahí se queda. Siente afecto por mí y tiene la intención de que estemos juntos en el futuro. La pregunta es cuándo.

—¿Y por qué no le metes prisa? —preguntó Ana con impaciencia.

Teodora regresó a sus puntadas con otra risotada.

—Si alguien puede meter prisa a Ludovic, esa no soy yo. Me da mucha vergüenza. Me parece ridículo oír a una mujer de mi edad y estatura pedirlo, la verdad. Claro que sé que sería la única forma de que cualquier Veloz se decidiera a casarse. Por ejemplo, una prima mía se casó con un hermano de Ludovic. No diría que ella le pidió matrimonio una y otra vez, pero vamos, que los tiros iban por ahí. Yo no podría hacer algo así. Lo intenté una vez. Cuando me di cuenta de que me estaba marchitando y envejeciendo, y que todas las muchachas de mi generación no tenían problemas para que les pidieran la mano, intenté lanzarle una indirecta a Ludovic, pero se me atascó en la garganta. Y ahora ya me da igual. Si no cambio Dix por Veloz hasta que tome la iniciativa, será Dix hasta el fin de mis días. Ludovic no se da cuenta de que nos hacemos mayores, ¿sabes? Cree que todavía somos un par de jóvenes aturdidos, con un montón de tiempo a nuestra disposición. Ese es el punto débil de los Veloz, que nunca se dan cuenta de que están vivos hasta que mueren.

—Sientes cariño por Ludovic, ¿no es así? —inquirió Ana, que detectó una nota de amargura real en las paradojas de Teodora.

—Pues sí —respondió Teodora con franqueza. Pensaba que no valía la pena sonrojarse ante algo tan claro—. Pienso en todo lo que tenga que ver con Ludovic y, sin duda, necesita a alguien

que cuide de ÉL. Está desatendido, tiene un aspecto descuidado. Puedes verlo por ti misma. Su anciana tía se ocupa de la casa en cierto modo, pero nada de él. Y Ludovic está entrando en una edad en la que un hombre necesita que lo atiendan y lo mimen un poco. Yo estoy sola aquí y él está solo allí, ¿no suena ridículo? No me extrañaría que fuéramos el hazmerreír de Grafton, Dios sabe que yo ya me río bastante de ello. A veces pienso que si Ludovic se pusiera celoso, serviría de estímulo, pero yo nunca ligaría por ahí, además, no hay nadie con quién hacerlo. Por aquí todos me consideran propiedad de Ludovic y nadie se atrevería a entrometerse.

—¡Teodora! —gritó Ana—. ¡Tengo un plan!

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó.

Ana se lo contó. Al principio, Teodora rio y protestó, pero al final cedió dubitativa, sucumbida al entusiasmo de Ana.

—Está bien, ¡por probar! —dijo con resignación—. Si Ludovic se enfada y me deja, estaré peor que nunca, pero quien no arriesga, no gana. Supongo que es una oportunidad para luchar. Además, tengo que admitir que estoy harta de esta pérdida de tiempo.

Ana regresó a Echo Lodge dando saltos de alegría por su plan. Asaltó a Arnold Sherman y le contó lo que necesitaba que hiciera por ella. Arnold Sherman escuchó y rio. Era un anciano viudo, amigo íntimo de Stephen Irving, y había venido a pasar parte del verano con él y su mujer en la Isla del Príncipe Eduardo. Era atractivo para su edad y todavía conservaba una pizca de maldad, de modo que aceptó con gusto ser parte del plan de Ana. Le divertía pensar en Ludovic Veloz y sabía que podía confiar en que Teodora Dix hiciera su parte. Fuera cual fuese su resultado, la comedia no sería insulsa.

El telón del primer acto se levantó tras la reunión de oración del siguiente jueves por la noche. La luna brillaba cuando los feligreses salían de la iglesia y todos lo vieron perfectamente: Arnold Sherman se encontraba de pie en los escalones cerca de la puerta y Ludovic Veloz estaba apoyado en la esquina de la valla del cementerio. Los muchachos decían que había desgastado la

pintura de ese sitio en particular. Ludovic no sabía por qué debía plantarse en la puerta de la iglesia. Teodora saldría como de costumbre e iría a su encuentro cuando pasara por la esquina.

Esto es lo que pasó: Teodora bajó los escalones, su majestuosa figura se perfilaba en su oscuridad por el haz de luz procedente del porche. Arnold Sherman le preguntó si podía acompañarla a casa. Teodora lo cogió del brazo y pasaron por delante de Ludovic que, atónito, los observó inmóvil e impotente como si no se creyera lo que veían sus ojos.

Durante unos instantes se quedó allí, sin fuerzas. Después, siguió con la mirada cómo su caprichosa señorita y su nuevo admirador bajaban la calle. Los muchachos y varios hombres jóvenes irresponsables se abarrotaron justo detrás, esperando algún tipo de emoción, pero se llevaron un buen chasco. Ludovic caminó hasta alcanzar a Teodora y Arnold Sherman, y luego se quedó tras ellos con resignación.

Podría decirse que Teodora no disfrutó demasiado su paseo a casa, aunque Arnold Sherman resultó ser bastante divertido. Su corazón anhelaba a Ludovic, cuyos pasos arrastrando los pies oía tras ella. Temía haber sido demasiado cruel, pero ya había tomado una decisión. Se armó de valor pensando que lo había hecho por su propio bien y entabló conversación con Arnold Sherman como si fuera el único hombre sobre la tierra. El pobre y abandonado Ludovic andaba tras ellos y la escuchó. Si Teodora hubiera sabido cuán amarga era la taza que le acercaba a los labios, nunca lo habría hecho con tal firmeza, no importa con qué fin.

Cuando ella y Arnold llegaron a su puerta, Ludovic tuvo que detenerse. Teodora miró por encima del hombro y vio que se había parado en la calle. Su aspecto desolado acechó sus pensamientos toda la noche. Si Ana no hubiera acudido al día siguiente a reforzar sus convicciones, lo habría fastidiado todo ablandándose demasiado pronto.

Mientras tanto, Ludovic permanecía inerte en la calle, ajeno a las exclamaciones y comentarios del animado grupo de niños pequeños, hasta que Teodora y su rival desaparecieron de su vista bajo los abetos de la hondonada del sendero. Poco después dio

media vuelta y regresó a casa, pero no con su relajado deambular, sino a zancadas ansiosas que reflejaban su desasosiego interior.

Se sentía perplejo. Si el mundo se hubiera acabado de repente o si el tranquilo y serpenteante río Grafton hubiera comenzado a fluir colina arriba, se habría sorprendido menos. Durante quince años, había caminado a casa después de sus encuentros con Teodora, y ahora este anciano forastero, con ese derroche de glamur de los *States*, se había marchado con ella descaradamente delante de sus narices. Y para colmo, y lo más desagradable de todo, es que Teodora lo había acompañado de buena gana; mejor dicho, sin duda disfrutaba de su compañía. Ludovic sentía un remolino de rabia justificada en su apacible alma.

Cuando llegó al final de su propio sendero, se detuvo en la verja y miró a la casa, apartada del camino, en una media luna de abedules. Incluso a la luz de la luna, su aspecto desgastado era perfectamente visible. Pensó en la «residencia palaciega» que los rumores atribuían a Arnold Sherman en Boston y con los dedos bronceados se acarició nerviosamente la barbilla. A continuación, apretó el puño y golpeó con elegancia el marco de la puerta.

—Teodora no pensará que me va a dejar plantado de esta manera ¡después de hacernos compañía durante los últimos quince años! —pronunció—. Yo tengo algo que decir al respecto, con Arnold Sherman o sin él. ¡Menuda insolencia infantil!

A la mañana siguiente, Ludovic condujo hasta Carmody, donde contrató a Joshua Pye para que fuera a pintarle la casa, y aquella noche, aunque no era sábado, fue a visitar a Teodora.

Arnold Sherman había llegado antes que él y estaba sentado en la propia silla de Ludovic, quien tuvo que acomodarse en la nueva mecedora de mimbre de Teodora, desde donde observaba y se sentía lamentablemente como pez fuera del agua.

Si a Teodora la situación le parecía incómoda, lo disimuló a las mil maravillas. Ludovic nunca la había visto tan guapa, y se dio cuenta de que llevaba su segundo mejor vestido de seda. Se preguntó con tristeza si lo había hecho a la espera de la llamada de su rival; nunca se había puesto un vestido de seda para él. Ludovic siempre había sido el más manso y afable de los mortales, pero

ahí sentado sin decir ni una palabra y escuchando la refinada conversación de Arnold Sherman, sentía un instinto homicida.

—Tendrías que haberlo visto con el ceño fruncido —le contó encantada Teodora a Ana al día siguiente—. Puede que sea perverso por mi parte, pero sentí una alegría real. Temía que se enfurruñara y se alejara de mí, pero mientras que siga viniendo a poner mala cara, no me preocupa. Se siente bastante mal, pobre-cillo, la verdad es que me reconcome el remordimiento. Intentó quedarse más tiempo que el señor Sherman, pero no lo consiguió. No verás a una criatura con aspecto más deprimido que él mientras bajaba el sendero a toda prisa. Sí, sí, a toda prisa.

Al domingo siguiente por la tarde, Arnold Sherman llegó a la iglesia con Teodora y se sentó a su lado. Cuando entraron, Ludovic se levantó de repente del banco que se hallaba bajo la galería. Volvió a sentarse de inmediato, pero todos a su alrededor lo habían visto; aquella noche, todos los vecinos de Grafton River cuchichearon sobre el dramático incidente con gran deleite.

—¡Sí, dio un salto como si le hubieran tirado del pie, mientras el párroco leía el capítulo! —le comentó su prima, Lorella Veloz, que había estado en la iglesia, a su hermana, que se lo había perdido—. Estaba blanco como la pared y parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. ¡Debo admitir que nunca me había sentido tan entusiasmada! Por un momento me pareció que iba a echar a volar hacia ellos, pero solo suspiró y se sentó de nuevo. No sé si Teodora Dix le vio o no, estaba más fresca que una lechuga.

Teodora no vio a Ludovic, pero si parecía más fresca que una lechuga, la procesión iba por dentro, ya que se sentía terriblemente inquieta. No pudo evitar que Arnold Sherman la acompañara a la iglesia, pero a ella le parecía que estaban yendo muy lejos: en Grafton, la gente no iba a la iglesia y se sentaba junta a menos que fueran a prometerse. ¿Y si esto sumía a Ludovic en la desesperación en lugar de despertarlo? Pasó la misa sumida en la miseria y haciendo caso omiso al sermón.

Sin embargo, las actuaciones espectaculares de Ludovic no habían terminado aún; puede que a los Veloz les costara arrancar, pero cuando lo hacían, su ímpetu era irrefrenable. Cuando

Teodora y el señor Sherman salieron, Ludovic les aguardaba en las escaleras. Su postura era firme y seria, con la cabeza echada hacia atrás y los hombros rectos. En la mirada que dirigió a su rival se vislumbraba un desafío contundente, así como hubo autoridad en el mero roce de la mano que apoyó en el brazo de Teodora.

—¿Puedo acompañarla a casa, señorita Dix? —dijeron sus palabras, aunque su tono implicaba: «Te acompañaré a casa quieras o no».

Teodora, con una mirada de desprecio a Arnold Sherman, cogió del brazo a Ludovic, que la acompañó a través del campo en medio de un silencio que los mismos caballos atados a la valla metálica parecían compartir. Para Ludovic, se trató de una hora llena de vida gloriosa.

Ana fue andando desde Avonlea al día siguiente para que le contara lo ocurrido. Teodora sonreía a conciencia.

—Sí, ya está todo resuelto. Anoche, de camino a casa, Ludovic me pidió matrimonio sin rodeos. ¡Menudo domingo! Será de inmediato, Ludovic no quiere retrasarlo más de lo necesario.

—¡Conque al final Ludovic Veloz ha metido el turbo con un propósito! —señaló el señor Sherman cuando Ana lo llamó a Echo Lodge, rebosante de noticias—. Y tú estás encantada, por supuesto, y mi pobre orgullo debe ser la cabeza de turco. En Grafton siempre me recordarán como el hombre de Boston que se interesó inútilmente por Teodora Dix.

—Pero sabes que no es así —replicó Ana con tono reconfortante.

Arnold Sherman pensó en la belleza madura de Teodora y la agradable compañía que había demostrado en su breve trato.

—Yo no estaría tan seguro —añadió con un pequeño suspiro.